

príncipe jardinero (estudio que sigo hace casi diez años) (1), aparece en la literatura española con el *Primaleón* y tiene entre nosotros tal difusión, que ya Vélez de Guevara, ahitado, se burla de los príncipes disfrazados de jardineros, por considerarlos una plaga literaria. ¿Será Cicognini la fuente verdadera de Pita? Arrom mismo consigna sus dudas y sugiere la posibilidad de que ambas se basen en otra anterior. Desde luego, no parece dudable que Cicognini mismo es un producto de toda esa masa de literatura española esparcida con el éxito de nuestra novela caballeresca y nuestro teatro por el mundo.

La generación nueva de críticos e investigadores hispanoamericanos trabaja bien, como hay, antes que nada, que trabajar: sobre realidades y pormenores (porque el fin de la ciencia es la generalización, pero nada se construirá sólidamente si antes no se analizan hasta las hebrillas más pequeñas). A esa generación pertenece Arrom por derecho propio, con sus dos excelentes libros publicados. Muchos más y cada vez más intensos nos prometen su talento y su juventud.

Dámaso Alonso.
Travesía del Zarzal, s/n. (Chamartín).
MADRID.

(1) Ha de formar parte de los tomos aun no publicados de mi edición del *Don Duardos*, de Gil Vicente.

LO ESPAÑOL A TRAVES DEL LIBRO POSTUMO DE KARL VOSSLER, por *Ramón de Garciasol*.

DICE Vossler en una declaración capital de principio: *España forma parte de Europa, más aún que por su situación, por su historia. Geográficamente, podría también pertenecer a Africa* (1). Mas da la casualidad que la Geografía no condiciona, exclusivamente, la Historia, resultante de complejos. Si es falso que Africa comienza en los Pirineos, no lo es tanto decir que Europa comienza en España, ya que España es la primera Monarquía nacional que saca al viejo continente del atolladero feudal.

(1) Carlos Vossler: *España y Europa* (obra póstuma). Colección «Civitas». Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1951. 201 págs.

Por su costa mediterránea recibe España la influencia oriental que caracteriza su cultura y la diferencia del resto del continente. Es decir, nuestra singularidad, en términos de Américo Castro, es la creación de una entidad nacional unitaria trirradical: cristianos, moros y judíos. La observación de Vossler—a más de esa espina que nos deja con su inicial: *España forma parte de Europa*—, al margen de su problemática, es valiosa por tratarse de un germano. El *sustrato* último de España en otras interpretaciones, incluso españolas, es predominantemente germánico. Este aprecio de nuestra impregnación oriental lo sitúa Vossler en Goethe, quien ya dijo que el conocimiento de los poetas orientales aclara el de Calderón.

Las condiciones geográficas de la Península, asegura, hacen a los naturales orgullosos y reservados desde los tiempos antiguos. ¿No podría resultar que este sedicente orgullo español fuese, más bien, sentido de la personalidad? ¿Por qué considerar negativo lo que no sentimos o entendemos? ¿No resultará de ello una reducción del mundo?

Otras características: *austeridad, recelo y frugalidad de la población indígena*, frente a las artes exóticas, refinadas costumbres y vida disoluta de los primeros colonizadores, que buscaban su riqueza minera. *¿Con qué rapidez se habrían dedicado otros pueblos CURIOSOS DE CULTURA* (subrayamos nosotros al asombro o conmiseración vosslerianos), *como los celtas y los galos, a la imitación de las obras importadas!* ¿Es que el pueblo español no tiene curiosidad por la cultura? ¿Por superación o por suspicacia? ¿Es que la cultura consiste en productos visibles y audibles de posible imitación y exportación, o, quizá también, en un comportamiento personal en vista de un ideal trascendente? ¿No será que España opone frente al binomio cultura-técnica, cultura-ética? ¿No se ha producido una contrarresistencia extranjera frente a la resistencia española a la adopción de formas extrañas? Muchos nos explican diciendo que somos inexplicables, adoptando una postura nada racional. Claro que a esta postura negativa y simplista ha contestado Unamuno a lo ibérico. Pero toda intransigencia es producto de una debilidad mental, a no ser que, soberbiamente, se tenga la clave de la verdad, en cuyo caso es de ley ser intransigente. ¿Quién, en el mundo de lo intelectual y científico, se puede atrever, plenamente, a afirmar que posee la verdad?

Séneca, sigue Vossler, *dió a las letras latinas, tanto en verso como en prosa, un giro hacia lo reiterativo, hacia lo penetrante y profundo*. Lo mismo observa en Lucano, que *tomó, o heredó, mucho de la actitud sentenciosa, progresiva, enfática y estoica de su tío*. Para el profesor Vossler, también son características racialmente ibéricas el sentido de la realidad y el sentido de contradicción. En cuanto al realismo, la observación anterior es de Menéndez Pidal, a la que pone ciertos reparos Ortega, como hace notar.

Al hablar de Marcial, dice: *El sentido realista, gracioso, juguetón y algunas veces cruel de los epigramas de Marcial nos recuerda efectivamente el realismo tosco y descarado y el cinismo picaresco de los autores españoles barrocos y de fines de la Edad Media*. Aquí resalta caracteres que se contraponen al misticismo y al idealismo quijotesco. ¿Resulta España, desde siempre, un país contradictorio, al que es difícil hincar el diente, comprender o arrodillar? Y, sobre todo, ¿esto es malo o es bueno?

El estilo retorcido, patético y enfático que se atribuía y censuraba en Roma a los españoles es el que Quintiliano [otro español] fustiga con singular crudeza

y también el amaneramiento estilístico de Séneca. Y añade Vossler: *Así, en las reglas del buen gusto, lo hispánico se consideró [lo ibérico] como algo rudo y tosco, que era necesario pulir; mas lo sustancial, lo sólido en el hispano no fué menos eficaz y contribuyó inadvertidamente, por decirlo así, a la conservación y a la grandeza del Imperio romano mundial.* Esto es, ya se notaba que lo español consiste en una ultimidad celosamente guardada, en una introversión más que en una exhibición. Y conste que estamos filiendo, no oponiendo ni tomando partido. Ya se encargará nuestro radical iberismo de hacerlo sin necesidad de conciencia alguna.

Al hablar del poeta Prudencio, inspirándose en una frase de Menéndez Pidal —el «tradicionalismo renovador», alcaloide de lo hispánico—, afirma Vossler: *Una historia más que bimilenaria demuestra cómo los españoles se mantienen fieles a los bienes culturales heredados durante más tiempo, con más intensidad y más pacientemente que otros pueblos, cuidándolos de suerte que acabe por surgir de ellos, sorprendentemente, un sentido nuevo.* Es decir, insistencia—con posible derivación inflexible: «mantenello, no enmendallo»—, frente a volubilidad, y también, en un aspecto más positivo, movimiento, cambio.

Otro rasgo español, según Vossler, consiste en la identificación de lo religioso y lo político: *La confusión de religión y política y tendencias análogas se manifiestan en todos los países de la tierra y en España son tan frecuentes y casi tan inevitables, que ha de pensarse si se debe a la situación y a la índole del país.* Y añade luego, sin pretensiones de dictar reglas: *Por lo general, puede considerarse la Península Ibérica—Península es término geográfico, aunque el iberismo le convierta en histórico, que va mucho de Península a península—como la región donde las divergencias religiosas suelen agravarse, blindarse dogmáticamente, convertirse en asunto de fuerza, hacer intervenir al brazo secular y resolverse de implacable y sangriento modo.* A esta rigidez e intolerancia—y Séneca y Vives son, a través de los siglos, los predicadores de la tolerancia, y españoles arquetípicos, para hacer resaltar más la contradicción—obedece, en opinión de Vossler, el que los judíos, forzados a abrazar la religión católica, única y oficial desde Recaredo, hiciesen causa común con los invasores mahometanos. ¿No será esta actitud judaica una explicación, ya que no justificación, de la expulsión de los judíos cuando se afianza el Estado español con los Reyes Católicos?

La invasión mahometana, y, por ello, la ruina del Reino visigótico, representó un gran peligro para Europa, cuya unidad se rompe con el acontecimiento. Por eso, la conciliación y fusión de la población hispana y la germánica representó un hecho providencial, en afirmación vossleriana. El mayor artífice de la fusión fué San Isidoro de Sevilla († 636).

Gracias a la profunda y fuerte fe, al espíritu firme de resistencia a la religión de Mahoma, no se produjo la unidad religiosa cristianoislámica, a pesar de la superioridad militar, las ventajas y seducciones económicas y las brillantes muestras de la cultura oriental de las gentes musulmicas. Seguidamente, si bien de modo más esquemático, menos preciso y hondo que en *España en su Historia*, del profesor Castro, Vossler trata análogamente del papel del Apóstol Santiago en la Reconquista.

El propio Vossler reconoce paladinamente, en la página 145 de su libro *España y Europa*, compuesto de 201 páginas, el carácter un poco libresco de su estudio, realizado sobre algunas obras o libros españoles, no sobre insti-

tuciones o formas vivas: *Hasta ahora solamente nos hemos ocupado de algunas comarcas y personalidades relevantes de la Península Ibérica o hemos tratado de España en su concepto de manzana de la discordia, botín y provincia de pueblos guerreros extraños. Nación civilizada, con carácter propio y destino formado por los mismos españoles, no lo fué hasta la época del Renacimiento europeo, aproximadamente hasta la unión de la corona de Aragón con la de Castilla en el año 1479.* Admitido el razonamiento vossleriano, España contaría con 472 años aproximadamente, a pesar de su bimilenaria experiencia históricovital. A partir de este instante, ya es posible fijar perfiles a lo hispánico. El más notable, conforme a la visión de Vossler, puede formularse así: *El modo de ser peculiar español reconócese, pues, primeramente, en que se segrega del resto de Europa y adopta una actitud reservada, cautelosa.* En el fondo, esta actitud, tomando palabras de Menéndez Pidal, obedece a «tradicionalismo», que aquí no es sistema político, sino misonieísmo, miedo a romper las ligaduras con el pretérito quedándose desarraigado. Según el profesor alemán, esto hace al español más activo que contemplativo, o sea más hombre de voluntad que de pensamiento. Y de ahí su escasa contribución a la ciencia.

Con la unidad política hispánica y la unidad lingüística, *ya hay una tendencia de conquista y de dominación en la lengua y en el tradicionalismo de los españoles, que no pudo desenvolverse prácticamente en los siglos de la invasión de los bárbaros, del Islam y de la Reconquista.*

Mas después de esto, aparentemente tan claro, Vossler, que no logra atar todos los cabos para darnos una imagen permanente de España, escribe: *Nadie imagine conocer verdaderamente a los españoles si no ha leído, o mejor, escuchado leer, algunos centenares de sus romances.* [Producto nacido a fines de la Edad Media «de la fantasía innata y de la emoción de combativa fe».] *Aproximadamente, todo lo que hasta ahora ha sido señalado como peculiaridades españolas, el tradicionalismo, el acento y el ritmo castellanos, el celo religioso y guerrero, el activismo fanático y la tendencia a la dominación universal, todo esto, es en los romances en donde primeramente se expresa.*

Al hablar del humanismo renacentista, sintetiza, con todo el peligro de las síntesis: el español se dedica con más gusto a Dios y al prójimo que al estudio de la Naturaleza..., y de ésta le impresiona lo maravilloso con más intensidad que lo natural y corriente. Por eso estima menos en el ser humano lo natural y corriente, y busca lo sorprendente, lo fantástico, lo sobrenatural. Entonces, ¿dónde queda el famoso realismo español? ¿Cómo explicar con la misma calificación el *Quijote* y el *Lazarillo*? ¿Quizá va el español al humorismo por desesperación, y de ahí su crueldad?

Como dato final para explicarnos, Vossler plantea esta especie de dogma: *Algo, por cierto, ha descuidado siempre la política española o no lo ha sabido sentir nunca: la cuestión económica. Plena prosperidad económica no ha gozado este pueblo ni cuando le pertenecía medio mundo, en el siglo XVI, y, en cambio, en la segunda mitad de ese siglo tres veces hizo quiebra el Estado. Como en su mentalidad siente más lo maravilloso que lo material, en su obrar y querer tienen más valor la guerra que el trabajo constante, la aventura que el comercio, el poder y el honor más que todas las riquezas.*

Mas cuando el libro va a entrar en el terreno que ofrece el título, se corta

la obra. Ignoro si esto sólo obedece a la fatalidad de la muerte de Vossler. España—mejor, lo español, los españoles—es algo de lo que ha dicho. Pero ¿qué es Europa? ¿En qué relación están ambas entidades? ¿O es que Europa es el *a contrario sensu* de España?

El libro de Vossler, aunque más circunscrito al monumento literario o filológico, cala bien en algunas características diferenciales nuestras—no digo vicios ni virtudes, dado que los juicios éticos no tienen cabida en lo que no es obra de libertad, en el ser a pesar suyo—. Le falta un capítulo donde, tras definir, resalten las diferencias, que convendría saber si son complementos o incompatibilidades. Lo que se nos da es, en líneas generales y someras, la aportación peculiar española al pensamiento, a lo largo de su historia. Y concluye con un capítulo que tiene las líneas que copiamos, bajo una raya de puntos que nos indica su carácter trunco: *Si, por consiguiente, la España del Renacimiento, del Barroco, de la Contrarreforma y del Imperio ha sido hoy relegada a segundo término, es todavía, en otra forma, según me parece, vital y fecunda; más aún: imprescindible para la conciencia de nuestros días. Por su historia y su ideología, por su literatura y su arte, por la nostalgia y añoranza que nos hace sentir, hemos de concluir que esta nación señorial, que esta maravillosa España, no puede morir. Y esto demuestra que no hemos comprendido aún suficientemente lo que en su pasado quiso y de lo que era capaz.*

R. G.

NOSOTROS, LOS DE LAS AMERICAS, por Manuel Fraga Iribarne.

ESTE libro, que hoy sale en edición española (1), sigue siendo, no obstante, un gran manifiesto de un hispanoamericano para norteamericanos, como en la edición inglesa de 1949; y el nuevo prólogo no hace sino ratificar las tesis anteriores. Carlos Dávila, gran periodista, embajador de Chile en los Estados Unidos de 1927 a 1930 (poco antes de su período de triunviro y los ochenta y ocho días de su fugaz presidencia en 1932, en la que experimentó su plan de «socialismo sano» hasta que fué liquidado por un alzamiento) y representante de su país en la U. N. R. R. A. y en la Comisión Económica de la O. N. U., conoce perfectamente la mentalidad norteamericana y la forma mejor de presentarle los problemas interamericanos; y desde este ángulo hay que valorar este libro, en lo que dice y en lo que no dice.

(1) Carlos Dávila: *Nosotros, los de las Américas*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1950. 407 págs.